

país en la elaboración de muchos productos de cultura, y bajo nivel de la enseñanza de la lengua nacional. Durante todo el siglo XIX (para no hablar de épocas anteriores), España ha recibido de Francia (o a través de ella) casi todo lo que representa progreso: organización política (*parlamento; parlement*), judicial (*juez de paz; juge de paix; tribunal supremo, en América, corte suprema: cour supreme, etc.*); mobiliario, indumentaria (*canapé, sofá, pantalón, chaqué, etc.*); comunicaciones (*wagón, tender, rail, etc.*); Actualmente llamamos *chófer* al *chauffeur* y la mayor elegancia de los vestidos parisienses invita a las señoras a decir *trusó (trousseau)*, en vez de *ajuar*. Preocupémonos, por consiguiente, de que en España se inventen cosas o se superen las conocidas, y veremos en seguida cómo nuestros vecinos empiezan a intercalar hispanismos en el francés, de la misma suerte que en época pretérita: cuando, por ejemplo, la excelencia de los cueros de Córdoba obligó a los zapateros a llamarse *corduannier*, hoy *cordonnier*.

Justo es decir que en la actualidad este empleo de voces extranjeras, más que superioridad de un país sobre otro, refleja el carácter internacional de la vida moderna; el francés toma del inglés, y viceversa, y tales préstamos son compatibles con una refinada cultura.

No puede, en cambio, decirse lo mismo de cierta clase de galicismos, para cuya caracterización no ocurre decir sino que son *frívolos*. La cultura a que hemos llegado, nos obliga a poner en el uso del idioma una consciencia escrupulosa, la cual era natural que no tuviese un español del siglo XIII. No justifica el empleo de aquellos galicismos un mayor deseo de pre-

cisión técnica, ni un propósito de referirnos a un nuevo objeto, o a un matiz nuevo, no apreciado por nuestro idioma (por ejemplo, *burocracia*, del francés *bureaucratie*, no es lo mismo que *covachuelismo* u *oficinismo*, palabras que además, no figuran en el Diccionario; (la «covachuela» u «oficina» no ha tenido en España la acción social que en Francia); ni tampoco se trata de lograr un efecto cualquiera en la sensibilidad del que oye o lee. He aquí un ejemplo de lo que digo. Leo en un periódico: «En Norte América basta acreditar que se es ciudadano extranjero para no ser *enrolado*». El periodista ha leído *enrolé* en un telegrama del extranjero, e inconscientemente escribe *enrolado* en lugar de «alistado». Esa actitud pasiva, inconsciente, en el que emplea el galicismo *frívolo* es lo lamentable, pues al idioma, repetimos, no son esas cosas las que en último término han de dañarle.

Al oír, hace poco, la lectura del acta en una solemne reunión de diputados, nos martillaba el oído un continuo «es por eso que la asamblea» (=c'est pour cela que...) El que tales galicismos de construcción se cometan entre nosotros, indica tan sólo que las gentes que escriben o hablan, no conocen bien el castellano; y no lo conocen porque no se lo enseñan. La mayoría de los hombres de pluma han recibido una educación fragmentaria y anárquica; y aun aquellos que hayan participado de la enseñanza pública en sus diversos grados, no han tenido por eso mejor ocasión para familiarizarse con un uso refinado del castellano. No se leen meditadamente nuestros grandes escritores en la escuela de segunda enseñanza; no escriben los jóvenes, frecuentemente, bajo la vigilancia de escrupulosos maestros. El

aprendizaje del propio idioma está abandonado al ciego azar; y así acontece que los que tienen por oficio escribir (y no poseen instintivamente un gran sentido del idioma) al hacer, por ejemplo, una traducción, se dejan arrastrar servilmente por el idioma extraño, faltos de contrapeso de una severa y sólida educación española. Ahora bien, como el idioma del que más se traduce es el francés, los galicismos invaden la lengua corriente, pasando por la prensa diaria y por las novelas traducidas y redactadas a una miseria la página. Elevemos y dignifiquemos la enseñanza de nuestra lengua y habremos evitado los más enojosos galicismos, los *frívolos*. En cuanto a los otros, su presencia casi es deseable.

AMÉRICO CASTRO

(Revista General, Madrid).



SI SUFRE UD

del hígado, trátese inmediatamente. Eruptos, mal sabor en la boca, aliento fétido, falta de apetito, pereza, mal humor y biliosidad, son algunos de los síntomas de desórdenes hepáticos. El hígado es uno de los órganos más vitales del cuerpo, y requiere inmediata atención. El

JARABE ANTI BILIOSO

"ORINOKA"

DEL MONJE AGUILES

es el invencible vencedor de todas las afecciones del hígado. Su eficacia es el resultado de años de estudios y experimentos. Es recomendado por los médicos, como el más rápido y eficiente medicamento conocido. Su sabor es muy agradable al paladar.

DE VENTA EN TODAS LAS MEJORES FARMACIAS Y DROGUERÍAS.

SOLICITE EL FOLLETO

THE ORINOKA PHARMACAL CO., Inc.

NEW YORK, U. S. A.

CUANDO EL CAMPO SE TUESTE

*En los campos cansados, en verano,
cuando el viento que sopla es de fatiga,
entre los surcos donde falta el grano
el sol revienta como vieja espiga.*

*Compañero del monte, nunca pidas
demasiado a la tierra: que tu mano
haga un suave ademán de despedidas
cuando el campo se tueste, pues no en vano*

*ante nosotros está el cielo... ¡Espera!
Por lo que ha de tardar la primavera
no ha de caer tu espíritu en fatiga.*

*¡Mira el campo qué hermoso! ¡Y es verano!
Ya que en los surcos no florece el grano,
el sol revienta como vieja espiga!*

RAMÓN SÁENZ MORALES